

FR. GERUNDIO.

LO QUE ARRASTRA HONRA.

Tétricos por demás, nebulosos y sombríos han estado los humores de las jentes en esta temporada de invierno. Ni podían en verdad tener otro temple los cuerpos y los espíritus después de tres meses consecutivos de aguas y de elecciones, de nieves y de intrigas, de nieblas y coacciones, de vientos y tropelías, de lodos e ilegalidades, de humedades y circulares, de frios y alocuciones,

de votos y resfriados, de toses y de cesantías, de catarros y gefes políticos. El tiempo y la lucha electoral parecia haberse desafiado á quien causara mas cansancio y mas fastidio, y uno y otra lo lograron en términos que si los cuerpos estaban ya casi mohosos con las aguas, los espíritus estaban casi podridos de elecciones.

Pero las elecciones se acabaron, levantó el temporal, salió el sol, se hicieron los escrutinios, los vichos comenzaron á salir de sus madrigueras, los diputados tomaron la gulera para la corte, las jentes se echaron á la calle, los semblantes se reanimaron, empezaron las máscaras, y ya no se habla de otra cosa, al menos en la corte de las Españas, que del baile y del paseo, de las máscaras y los ambigües, de los trages y de los salones, de la bromina y del jaléo.

Así me lo decia Tirabeque invitándome á salir de paseo, y á que aprovecharamos el dia; que aprovechar el dia llama él á pasarle de bureo y corriendo la torreja. Mi paternidad no opuso una gran resistencia á su invitacion, y cátenos vds. á amo y lego empezando á aprovechar el tiempo por estas calles que desde el llanto de los padres de la patria en el congreso en la célebre sesion del siete; no se habian vuelto á ver enjotas. Tirabeque queria desde luego ir á aprovechar el tiempo al Prado, pero mi Paternidad que como otros periodistas habia recibido una atenta invitatoria de los empresarios de los bailes

de máscaras en el *gran salon de Oriente* para que fuese á dar mi humilde voto sobre las reformas radicales que para este año tenían dispuestas, acordó que nos encamináramos primero á aquel punto.

Así fue en efecto, y me alegré de haber tomado esta resolución, porque avezados los ojos y los oídos á ver y oír duelos y quebrantos, se me ensanchó el corazón al contemplar los suntuosos preparativos con que los nuevos empresarios estaban decorando aquel magnífico local. Como pasmado se quedó Tirabeque al ver aquellas interminables alfombras verdes, aquellos tapices de grana con greca negra, en los cuales se conocia que se le había cargo de conciencia sentar unos pies tan acostumbrados á pisar cieno; aquellas colgaduras de anasote estampadas de azul y rosa que adornan todas las puertas y balcones del salon, recogidas en elegantes, vistosas y variadas abrazaderas; aquellas cortinas de grana doblemente galoneadas de plata; aquellas cuarenta y tantas arañas que entre el salon principal y los accesorios fue por sí mismo contando por los dedos, que por poco no reza contando arañas el rosario de los cinco diezes; aquellos grandes jarrones de los intercolumnios &c. &c.

Preguntáronme los empresarios qué me parecia, é instáronme á que les manifestase con franqueza si hallaba algun defecto ó impropiedad que á mi respetable juicio, decian, mereciera corregirse. Pero

acostumbrada mi paternidad gerundiana á las humildes cortinas de percal que adornaban las alcobas de las celdas de los conventos de mendicantes, y á las esteras blancas y las lámparas de metal que tapizaban y alumbraban nuestros templos, ¿qué inteligencia y qué gusto pudiera yo tener en estas materias para atreverme á emitir mi parecer y á consignar mi voto? Así es que á todo lo fundando mi pobre é insignificante aprobacion: cuanto mas que en estas cosas me gusta huir de toda responsabilidad.

Creció la admiracion de Tirabeque cuando oyó decir que la orquesta se componería de cien músicos de los mas acreditados de la corte, y que el ambigú sería servido con vagilla de china, y se pondría un mozo á cada mesa para la mayor comodidad y prontitud en el servicio. Teníale absorto todas estas cosas, y al cabo de un gran rato de absorcion rompió el silencio preguntando á los empresarios si acaso aquellos gastos los hacia el gobierno con los arbitrios que se están haciendo años recaudando para levantar el teatro de Oriente, el cual sigue *in statu quo*, sin que se sepa dónde van tales fondos á parar. Fuéme preciso irle á la mano en las preguntas, porque temí que como tiene de costumbre, quisiera llevar demasiado adelante su investigacion; y despidiéndome de aquellos hermanos, salimos del edificio, yoelogiando el buen gusto de los directores, y Tirabeque pasmado de aquella suntuosidad.

Señor, me decía en el camino, no pensé ya que éramos tan ricos los españoles.—¡Oh! por este tiempo somos todos muy ricos.—¡Vaya, señor, y qué cosas tan preciosas! ¿Cuánto tiempo habrán tardado en bordar aquello, señor?—De poco te admiras, hombre; eso no vale nada. ¿Pues qué dirías si vieras por ejemplo el vestido que ha de llevar el día de la boda la reina de Inglaterra?—¿Vd. lo ha visto, mi amo?—Yo no; pero sé que solo para el encage que le ha de guarnecer han estado trabajando sin cesar por espacio de ocho meses mas de doscientas mugeres de la aldea de Beer bajo la dirección de la señorita Bidney. Con que mira si será encage de precin el de la reina Victoria.—¡Válgame Dios, señor! Será de oro macizo, ó á lo menos á lo menos de plata sobredorada.—De piedra maciza si que me está á mí pareciendo tu entendimiento, simplote.—O sinó será muy largo, señor; una de dos.—De cuatro yardas de largo y tres cuartas de ancho, dice el *Diario de los Debates*.—Entonces la arrastrará precisamente, mi amo.—*Lo que arrastra honra*, Pelegrin.

Lo que digo yo, mi amo, es que si en el encage del vestido de novia se ha esmerado tanto la reina de Inglaterra, ya será una boda de rumbo la que haga la hermanita.—Ah, por supuesto; los ingleses en eso son muy espléndidos; y sinó acuérdate de las grandes fiestas de la coronacion.—Señor, ¡cómo pudiera yo ingeniar me para ir allá á ver si me tocaba algun desperdicio! ¡Si me

quisiera llevar el hermano Baldomero, aunque fuera para limpiar la ropa á los asistentes de los azacanes que vayan con él!—Edecanes querrás decir, majadero, que no azacanes.—Señor, así me parece que he dicho. Y en verdad, mi amo, que no lo pasará mal el hermano Espartero la temporada que esté por allá; porque al rabo no sé qué se tiene el pan de bodas...—¿Y qué sabes tú si el duque de la Victoria está convidado á la boda ó no? —Le diré á vd., señor. Como el gobierno estima tanto al hermano Baldomero, le da lástima ya que esté tanto tiempo en un lugar miserable como Mas de las Matas, donde ni hay comodidades, ni diversiones ni cosa que lo valga. Y así ha estado discurriendo cómo enviarle á divertirse lejos lejos, donde no le den malos ratos las cosas de la guerra, y donde coma pan de boda y no pan de munición; para luego decirle: quien fué á Inglaterrilla perdió la silla.—A Sevilla dice el adagio; hombre.—Señor, tanto monta, porque el objeto debe ser hacerle perder la silla con politiquilla; porque el hermano Baldomero no les hace ya buen recado, y no digo más.—Hombre, esas son voces que se hacen correr, y yo creo que sin fundamento.—Señor, desengáñese vd., que pensado estuvo y muy seriamente; y si no le envían ya á Inglaterrilla de comision, es porque saben que todo el mundo ha conocido que era para hacerle perder la silla; pero la intencion conocida está.

En esta conversacion llegamos al Prado, que

estaba brillantemente concurrido. Apenas habríamos andado unos cien pasos cuando exclamó Tirabeque de repente: «Señor, señor, lléveme el diablo si no se nos ha venido acá la Reina Victoria.» —¿Estás en tu juicio, hombre?— Señor, que me la clavea si no es ella. Ahí delante de nosotros va, y pareceme que es el vestido de encaje el que debe traer puesto; y sinó vea vd. como se quedan mirándola todos los que pasan. Y ahora misma he oído decir á uno: *lo que arrastra honra.*

Iba en efecto delante de nosotros una señora con un rico manto blanco talar, especie de *alboroz* antiguo, que mostraba estar todo en derredor guarnecido de cisne ó arviño. Figuraban á la espalda del manto dos especies de capillas á semejanza de las de los hábitos religiosos, una mas pequeña, y otra mas grande, de cuyas puntas pendían dos borlas de oro.—Señor, decía Tirabeque, yo no sé qué puede traer S. M. escrito en el manto, que todos los que pasan leen algo, y yo no veo letra ninguna. Unos leen: *empréstito*; otros leen: *despreocupacion*; otros, *contraste*; otros, *miseria pública*; otros: *Guchard*; otros: *papel del estado*; otros: ¡*España, España!* otros: *acusacion pendiente*; otros: *París*.—Hombre, le dije, yo tampoco leo nada.—Señor, estará escrito con esa tinta que llaman simpática, y para entenderla será menester mirar con ojos de simpatías.

Por sí ó por nó, aun cuando yo conocía el absurdo de suponer que se hallase en el Prado de

Madrid la Reina Victoria, como que era un traje no visto acá hasta el presente, y que tanto llamaba la atención de todos; estimulábame ya también un tanto la curiosidad, á mí Fr. Gerundio, de saber quien fuese *la dama del blanco albornóz*. Apresuré pues el paso, púseme delante... y mirando por debajo de una sombrilla con palo de oro, vi que era la Condesa de Toreno, á quien el Conde mi amigo llevaba del brazo. Díjeselo á Tirabeque, y el hombre empezó á hacerse cruces.—¿Qué es eso? ¿De qué te asombras?—Señor, de nada.—¿Cómo de nada? Te admirarás de lo mismo que se admiran los damas.—No señor, todo al contrario. Estas jentes parece que se admiran del manto de la Sra. condesa, y yo no me admiro de eso; sino del hermano conde que no lleva manto. Y sobre todo, señor, me admiro de ver la prosperidad de España y la santa conformidad que Dios ha dado á los españoles.

Dimos un par de vueltas y nos retiramos á casa discutiendo sobre la verdad ó falsedad del adagio: *«lo que arrastra honra,»* y lisongeados con la memoria de tantos objetos de lujo como habíamos visto aquel día, y persuadidos de que todo eso que se pondera de miseria pública, de atraso y desatenciones de todas las clases, de deudas y apuros del estado, debe ser todo suposición y figuraciones de gente cabilosa y de melancólicos pensamientos.



OTRO CUADRO HALAGÜENO.

Llena mi cabeza gerundiana de recuerdos de oro, vibrando todavía las fibras cerebrales con la impresión de los objetos de lujo que acababa de ver, é impresas aun en la médula las imágenes risueñas, los signos lisongeros de la abundancia española, dí principio á abrir el correo que esperándome ya sobre el bufete gerundiano estaba. Dios ó la casualidad dispuso que el primer pliego que abrí fuese una esposicion de las viudas y huérfanos de marina del depósito de Cartagena al futuro Congreso de Diputados, con una cartita suplicatoria de los interesados para que mí Pater-nidad la presente al Congreso tan luego como se halle constituido. Comencé á leer, y ví que empezaba así: «Después de cincuenta y tantos meses «de atraso que sufren los dependientes de Mari-
 «na..... han visto con el mayor dolor y asombro
 «la inesperada real orden del próximo pasado di-
 «ciembre, en que con sorpresa general se ha man-
 «dado dar una paga *solo á los acreedores presentes*
 «*con extrañamiento de los ausentes y muertos.* Pres-
 «cindiendo de la injusticia de tal procedimiento,
 «pasarán los esponentes á manifestar en busquejo
 «los daños y perjuicios que han debido preveer
 «los encargados del gobierno, y que han causado
 «en realidad á millares de familias, que sin este

«golpe mortal podian considerarse ya como espec-
«tros ambulantes.»

No copiaré toda la lastimosa esposicion, porque es algo larga, pero sí copiaré el siguiente parrasito. «Viudas hay de las que suscriben, que despues de haber perdido á sus esposos agoviados de la miseria..... les queda el triste recuerdo de haberles visto arrastrar al sepulcro el doloroso sentimiento de oír á seis ú ocho hijos clamando siempre hasta su última agonía con este penetrante acento: «MAMÁ, PAN.» Cubramos (dicen las esponentes) con un denso velo tan sensible cuadro &c.»

Yo tambien le cubro, y solo añadiré á los tiernos lamentos de que viene llena toda la esposicion (para que no se crea que Fr. Gerundio inventa esposiciones), que las firmas que *solo en 24 horas* han recogido son las siguientes: Viuda de Abreu. Maria Simon. Mercedes Santa-cruz. Ignacio Mellado. Anjel Gil de Alarcon. Rosa Eusardo. Maria de las Mercedes Orcajada. Maria Garcia. Josefa de Aro. Juana Garcia. Maria Ruiz de Aycardo. Maria de los Dolores Balart de Izquierdo. Dolores Alarcon. José Navarro. Francisco Campos. Antonia Mario. Soledad Prieto. Maria Josefa Espinosa. Petra Carrion. Justo Madrona. Como tutora de mis nietos, Teresa Valcals. Isabel Canovas. Ballina Egoñi. Paula Agustina Garcia. Andrea Ruiz. Dominga Suarez. Y otras cuyos apellidos no se leen bien. Pero

la dama *del blanco albornoz* no firmaba.

Divertido me iba yo poniendo con los trabajos preparatorios para las próximas cortes que las viuditas y buerfanitos de María á mi Paternidad, sin saber por qué título, le encomendaban. Sigo abriendo mi correo; y encuéntrome con otra espösición del apoderado general de los exclaustrados de Zaragoza, que entre otras cosas divertidas y alegres decía: «De lo anterior resulta, que se encuentran con 46 meses de atrasos, y algunos sin haber percibido *sócórro alguno desde su esclaustración.*» La espösición no la firmaba el conde Toreno por supüesto, sino su apoderado; no el apoderado del conde, sino el de los exclaustrados; es decir, los que vestían antes manto con capilla, á semejanza de los albornoces antiguos.

Cansado de leer lástimas, y asaltándome de nuevo la imagen del manto de albornoz, no quise por aquel día abrir mas correo, nó acertando á concebir como la España del correo de Fr. Gerundio fuese la misma España que acababa de ver en el Prado. Y es que esta España que nos parece una sola deben ser dos Españas distintas. Una rica y suntuosa, que es la España de Toreno y otros pocos, y otra escuálida y tísica que es la España del resto de los españoles.

CÉLEBRE COALICION DE LOS CUATRO UNOS.

Señor, ¿se abren hoy las córtes? me preguntó Tirabeque ayer hizo ocho días.—¿Cómo se han de abrir hoy, le dije, si estamos á 5, y la convocatoria señala para la apertura el día 18? ¿Por qué decias eso?—Señor, porque he visto mucha gente en el portal del salon del Congreso, y ademas he encontrado á muchos que van en la misma direccion.—Es que como la tarde está lluviosa, serán gentes que irán allí á guarecerse del agua.—Ah, no señor: antes es gente que no tiene miedo al agua, porque está familiarizada con ella: figúrese vd. que son todos aguadores.—¡Aguadores! Pues esa es novedad particular. ¡Aguadores en el vestibulo del Congreso! Miré el pronóstico, y ví que aquella tarde habia luna nueva y que entraba en el signo de *Acuario*.

La noticia de Tirabeque unida á esta última circunstancia me movió á pasar al referido punto á fin de informarme por mí mismo de la certeza y objeto de tan estraña reunion. Efectivamente hallé una porcion de aguadores reunidos en el pórtico del edificio de las cortes, y el primero con quien me encontré y único á quien conocia, fue Pacho el aguador de casa, que mostró mucha satisfaccion de ver en aquel sitio á su amo, y

principalmente á su semi-compañero Tirabeque. ¿Pues qué es eso, Pacho? le pregunté. ¿Qué significa esta reunion?—Esta reunion, señor mi amo, me contestó en su dialecto asturiano, significa que nos hemos juntao aqui de orden del Sr. Alcalde todos los capataces de las fuentes de Madrid, que venimos como deputaos nombrados por los otros aguadores; yo vengo á representar la fuente de S. Juan.—¿Y qué alcalde es el que les ha convocado á vds.?—El alcalde que nos ha convocado es el que llaman un tal de D. Selustiano de Olózaga, que vive ahí al lado á la entrada de la calle del Florin; y nosotros hemos convenido antes de ir á su casa en juntarnos aquí en el portal de las cortes para ver lo que se le ha de contestar en defensa de nuestros derechos conforme á la Constitucion, que en Dios y en mi ánima que no nos hemos de dejar atropellar, y hemos de ver si en España hay léys que dén garantías á los aguadores ó nó.

No dejó de agradarme la disposicion de aquel simulacro de representacion nacional á sustener las leyes, y preguntando el objeto de aquella citatoria, me informaron de que era para hacerles tomar unas licencias expedidas por la sociedad de cárceles, por cada una de las cuales les exigian la cuota de 50 rs. además de otras cláusulas y condiciones gravosas y restrictivas de la libertad que hasta ahora habian gozado. Habria alli como unos cien aguadores: les pregunté si estaban todos, y me digeron que ellos eran solamente los diputados

nombrados por cada fuente ó distrito, pero que el número de aguadores de Madrid y el que ellos representaban era el de 4111; cuyo guarismo por ser compuesto de cuatro unidades, me sugirió la idea de llamar á aquella junta *la coalicion de los cuatro unos*.—Pues están vds., le dije á Pacho, hechos unos diputados hechos y derechos.—Y páreceme, mi señor amo, me contestó, que así Dios me salve si no lo habíamos de hacer mejor que los que han de venir á este sitio de aquí á quince días. A lo menos nosotros hemos sido nombrados en toda ley, y como Dios manda, y ellos nó.

Contestacion fué esta que me dejó un poco suspenso, pues no creia yo que hasta los aguadores de Madrid estuviesen enterados de la forma ilegal con que se han hecho las recientes elecciones. Dieron pues principio á su discusion preparatoria para la contestacion al discurso del Sr. Alcalde, y desde luego conocí que si al hermano Olózaga le aguardan esfuerzos que hacer en el congreso, como diputado que le toca ser de la oposicion, aun le habria de costar mas trabajo vencer la resistencia que á su disposicion le preparaban en compacta coalicion los capataces asturianos representantes de los *mil ciento once* aguadores de Madrid. La resistencia iba á ser firme y obstinada, la union era admirable, y á semejanza de los *cartistas* de Inglaterra, acordaron con la mayor solemnidad correr todos la misma suerte. Precisamente el lunes anterior (el 27 de enero) habian tenido

una reunion igual dichos artistas en *Newcastle*, y al modo que en ella dijo *Mr. Jaimés Aire*: «Señores, el objeto de esta reunion es acordar las medidas que se han de adoptar para salvar á los mártires ingleses. Yo confieso francamente que antes de ver sacrificado á nuestro compañero *Frost*, quisiera ver devastado el país á sangre y fuego de un extremo á otro. Lo que exijo de vosotros es veros compactos para salvar á *Frost*. Y si la Reina no lo concede la libertad, convengámonos en frustrar su casamiento, y en llenar de luto el dia de su boda.» Asi dijo tambien el capataz de una de las fuentes *Juan Suarez*, á quien el *Congreso de Acuario* habia dado la comision de contestacion.

«Compañeros, dijo; aqui hay que ver cómo nos libramos de pagar esa nueva contribucion que se nos quiere imponer contra fuero y costumbre. Yo confieso que antes que ver sacrificado á ningun aguador, quisiera que no hubiera quien llevase una gota de agua á las casas de Madrid, y que todo el mundo muriera abrasado de sed. Lo que exijo de vosotros es veros unidos para salvar los derechos de las cubas. Y si el Sr. Alcalde se empeña en hacernos tomar esas licencias, convengámonos todos en no dar á nadie una sed de agua, y en llenar de luto el dia de la abredura de las cõrtes.»

El orador concluyó su discurso en medio de estrepitosos aplausos; y convenidos por unanimidad en resistir el nuevo impuesto apoyados en su-

ligno sacro y costumbre inmemorial, hecha solemne protesta de correr todos la misma suerte, y echando un par de «*Viva Asturias*» y otro par de vivas á la *Constitucion* y á la *Virgen de Cobadonga* salió la *coalicion de los cuatro unos*, ó sea los representantes de los 1111 aguadores, del vestibulo del Congreso, y se dirigieron á casa del hermano Olózaga. Celebrada su audiencia, y viendo que no han podido vencer el obstinado empeño del alcalde, los coligados han hecho una representacion al Ayuntamiento. Este negocio *vital*, porque de los aguadores depende la vida de los habitantes de Madrid, se ha entrespado en términos de dar serios temores á la espital. Por de contado antes de ayer tarde ningun coligado llevó agua á las casas. Ayer recibieron una circular para que continuasen su importante servicio, que ellos se han avenido á desempeñar interinamente hasta tanto que se resuelva definitivamente el punto, que pienso no se podrá zanjar sin concesiones muy favorables á la *coalicion*, porque cada aguador es un impertérito y obstinado Mehemet-Ali.

Lo único que temo, yo Fr. Gerundio, es que llegue este suceso á conocimiento de las cinco grandes potencias, y quieran tomar parte en él, y nos envuelvan en una cuestion tan interminable y complicada como la de Oriente.

Editor Responsable Francisco de S. Fuentes,

IMPRESA DE MELLADO.